

El libro es de gran formato y está bella y adecuadamente ilustrado; se estructura en nueve partes, incluyendo una amplia introducción y una bibliografía con las obras más representativas de los personajes que escribieron la historia de Michoacán en el siglo pasado, el que acabamos de dejar atrás.

Sabemos, por las propias palabras del rector de la Universidad Michoacana, Lic. Marco Antonio Aguilar Cortés, expresadas en la Presentación, que este libro dedicado a los historiadores es uno de los tres proyectos que concibió, y también que es el primero que cristaliza. Los otros dos tratarían, uno de los pintores y el otro de los abogados michoacanos. La coordinación del libro se debe a los historiadores Gerardo Sánchez Díaz y Ricardo León Alanís, investigadores del Instituto de Investigaciones Históricas de la propia Universidad que, estoy segura por haberme hecho cargo yo misma de la edición y coordinación de diversos libros, de que batallaron mucho para que pudiéramos verlo terminado. Puedo imaginarme el tiempo que invirtieron en la concepción y estructuración del proyecto, en la selección de los historiadores por tratar y de los autores para desarrollar las semblanzas de cada uno de ellos, en la revisión de cada artículo, en la búsqueda de las ilustraciones, en la revisión y corrección de las pruebas de imprenta y..., en fin de todas esas labores indispensables para llevar a buen término un libro de esta envergadura.

La primera parte contiene un amplio ensayo de 45 páginas titulado, "La historia y los historiadores de Michoacán en el siglo XX", elaborado por Gerardo Sánchez Díaz, que le sirve de marco y punto de referencia a la obra propiamente dicha. Ésta se compone de seis secciones, cada una de las cuales posee una breve introducción y un

conjunto variable de “semblanzas” que, con distintas estructuras y extensión, recogen la vida y la obra de los que hicieron la historia de Michoacán en el siglo XX, a partir de diversas perspectivas y miradas. El nombre de esas sesis secciones y el número de historiadores que las componen, son los siguientes:

El clero (15 personas).

Los abogados, ingenieros y médicos aficionados (21 personas).

Los cronistas (8 personas).

Los aportes extranjeros (9 personas).

La historia vista desde el centro (15 personas).

La historia de Michoacán vista desde sus instituciones (43 personas).

Tenemos así que el árbol o mejor dicho, el bosque que compone la historia de Michoacán en el siglo XX, tiene 111 raíces, 20 de las cuales son femeninas y el resto (91), masculinas. Los autores de las semblanzas son 51, 36 hombres y 15 mujeres que trabajan en 16 instituciones nacionales y extranjeras.

La obra, sobra decirlo, no se estructuró como un diccionario biográfico en el cual el lector pueda encontrar a los historiadores por su nombre y apellido sino que están agrupados por tipos. Al respecto cabe comentar que en ella extrañé un índice analítico mediante el cual el lector pudiera localizar con facilidad tanto a los historiadores biografiados como a los autores de los artículos y a los citados en estos últimos. ¿Quizá pudiera incorporarse en la siguiente edición?

Sobre la intención de la obra se nos dice que es la de contribuir “a consolidar nuestra identidad profesional como historiadores”. Es decir, se sitúa en el plano de la profesionalización de la historia.

Algunos comentarios sobre la Introducción

El Dr. Sánchez Díaz apunta que una primera versión del texto que constituye la Introducción general, se dio a conocer en el libro *Historiografía michoacana. Acercamientos y balances*, publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana

de San Nicolás de Hidalgo. Se trata de una pieza bien construida, sólidamente documentada y claramente relatada, que su autor estructura mediante un recorrido, no lineal, que arranca de la que podría ser llamada la "historia de la historia" michoacana, desde la antigüedad de los tarascos y su costumbre de relatar "cómo se había ganado la tierra y formado el reino" en boca del Patámuti o sacerdote mayor, hasta la *Historia General de Michoacán* que coordinó Enrique Florescano.

Sigue otra parte en la que Sánchez aborda cómo se ha tratado la historia de Michoacán desde los programas docentes de la primaria en los textos producidos a lo largo del siglo hasta la *Historia mínima de Michoacán*, publicada en 1990. La siguiente parte se dedica a las monografías, crónicas locales e historias regionales hechas durante los últimos 30 años del siglo XX, a partir de la publicación del célebre *Pueblo en vilo* (1968) (obra que lleva nueve ediciones en español, una en inglés (1974) y una en francés (1977)). Pero el repaso no se limita a su apología, pues también se tratan los importantes esfuerzos de otros autores, antes y después de la obra de don Luis González. Al entrar en detalle, se trata de las monografías que abordan lo urbano y las urbes, incluyendo la dimensión patrimonial, así como de aquellas monografías que estudian las jurisdicciones eclesiásticas.

Sección aparte le merecen a Gerardo Sánchez las obras dedicadas a las "nuevas investigaciones sobre historia económica y social hechas en las instituciones académicas", especialmente sobre la tenencia de la tierra, la producción agropecuaria, la explotación minera, la industrialización, los capitales extranjeros, las comunidades indígenas, los ranchos y las haciendas.

Las biografías son un género que "ocupa un lugar importante" en la cosecha historiográfica de Michoacán y que aparece desde los años veinte del siglo XX.

Más analítica que monográfica es la sección en la que Sánchez Díaz aborda los elementos que han propiciado la investigación histórica en las últimas décadas, señaladamente los nuevos enfoques metodológicos que parten de la utilización de nuevas fuentes de información, posible por el establecimiento de instituciones que han

fomentado la enseñanza profesional y la investigación histórica: la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana (en 1973), el Departamento de Historia, hoy Instituto, de la propia Universidad (1979); El Colegio de Michoacán y su Centro de Estudios Históricos (1979), el Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas (1976) y el Centro regional del INAH.

El repaso introductorio termina con tres incisos dedicados a analizar la edición y difusión de los temas históricos, a dar un “vistazo a los espacios michoacanos historiados” y a presentar un breve recorrido del siglo XX michoacano.

De cómo se procedió a la selección de los historiadores biografiados

Al decir de los coordinadores, los criterios que utilizaron para la selección de los historiadores que se tomarían en cuenta en el libro trataron de ser lo más incluyentes posibles e incluyeron, entre otros, los siguientes: que fueran tanto mexicanos como extranjeros, que contaran con contribuciones a la historia de Michoacán y de México en forma de publicación de libros; que fueran tanto profesionales como no profesionales (aficionados); que tuvieran una gran trayectoria o bien que aunque jóvenes que inician sus carreras, tuvieran en su haber al menos un libro con investigación original...

Es evidente que algunos historiadores de Michoacán están ausentes de este libro y seguramente se debe a razones poderosas que me puedo imaginar, quizá la falta de autores o de materiales suficientes para realizar las semblanzas, el incumplimiento de las fechas por otros,... Se extraña especialmente a Pedro Carrasco, pero me alegro de encontrar a muchos maestros y colegas muy apreciados, a lado de otros que nunca conocí, pero cuyos trabajos he leído, repasado o comentado, o bien de cuya obra he aprendido. Personalmente agradezco a Gerardo Sánchez el haberme invitado a colaborar en la semblanza de un querido y admirado amigo, el antropólogo y eclesiástico Agustín García Alcaraz. Al mismo tiempo que la escribía e investigaba sobre aspectos desconocidos de su vida, también revivía un poco de la mía.

Ante la imposibilidad de referirme a todas las semblanzas que esta valiosa obra nos entrega, con las claves, las vidas, el pensamiento, las inclinaciones y las obras de los que han historiado Michoacán, sólo abordaré algunas de ellas. Gracias a que el formato de las mismas no fue fijado de antemano, ni impuesto por los coordinadores, cada una tiene su propio estilo. Unas muy formales y más convencionales, otras más analíticas o bien más anecdóticas... Revisé con especial interés algunas de los más cercanos y queridos, vivos o ya desaparecidos.

A propósito de esto, he de confesar que cuando Gerardo Sánchez me invitó a colaborar y me comentó la idea de incluir no sólo a los historiadores ya desaparecidos, sino también a los venturosamente vivos e inclusive a los muy jóvenes, me invadió un sentimiento un tanto ambigüo, al pensar que quizá en algunos casos su inclusión en el libro era un tanto prematura y por ello pudiera producir un efecto negativo en su futuro desarrollo; pero al pensarlo otra vez, me dije que su consideración bien podría servirles de estímulo para seguir produciendo tan vigorosas y sólidas raíces como las de los consagrados... En fin, ya el tiempo dirá...

La historia de Michoacán vista desde el clero

El primer bloque de cultivadores de la historia michoacana que el libro aborda es el de los eclesiásticos que se formaron en los Seminarios de Morelia, Zamora y Tacámbaro, mismos que "hicieron aportaciones tanto a la historia de Michoacán como a la del país", sea porque tenían esa vocación o al menos la afición, esos religiosos dedicaron parte de su vida y de su tiempo a la historia, unos a tratar asuntos propiamente eclesiásticos (como la historia de algunas imágenes religiosas o las biografías de eclesiásticos) con enfoques providencialistas, otros a temas de variada índole. Así José Bravo Ugarte, Juan Bautista Buitrón, Francisco Banegas Galván, Gabriel Ibarrola y Agustín García Alcaraz, que escribieron sobre la historia de México y de Michoacán y acerca de diversas manifestaciones religiosas.

Agustín García Alcaraz por ejemplo, empezó escribiendo sobre temas históricos referentes a la Iglesia (en forma de pequeños artículos) y sobre Vasco de Quiroga (en un libro aparecido en 1965). A estas obras siguieron otras dos, la primera titulada *La cuna ideológica de la Independencia* (1963), en la que abordó la influencia de las ideas filosóficas liberales en Michoacán a finales del siglo XVIII (que presentó al terminar su carrera de filosofía en el Instituto de San José de la Montaña, Seminario Tridentino). El estudio que siguió se tituló *Tres siglos de estudios y movimientos sociales en Michoacán* (1972). En 1973 publicó una importante obra antropológica sobre los triques de Copala, titulada *Tinujei*. En esa misma década trabajó y publicó un artículo muy importante sobre la "Estratificación social entre los tarascos prehispánicos", a la que siguieron otros nunca publicados (y hoy perdidos) sobre otros aspectos de la historia de los tarascos. En esta misma línea tenemos los dedicados al código de Xarácuaro y a los títulos del antiguo pueblo tarasco.

La obra del padre García Alcaraz no se limitó a escritos académicos y debe resaltarse su participación en la docencia y la militancia en la causa y el movimiento indígena.

Los aficionados, abogados, médicos e ingenieros

De este conjunto que, nos dicen los coordinadores del libro, "por afición" o "por vocación" se dedicaron a la historia, se tienen aportaciones un tanto misceláneas que van del "ligero contenido" a las "verdaderas aportaciones". Vemos así desfilar a 12 abogados, 7 médicos y dos ingenieros. De ellos destaco a Rafael Aguayo Spencer, Alberto Bremauntz, Enrique Cárdenas de la Peña, Fernando Martínez Cortés y Pascual Ortiz Rubio.

Yo conocí, por ejemplo, al licenciado Alberto Bremauntz en el Archivo General de la Nación, cuando estaba situado en la planta baja del Palacio Nacional. Allí, ya jubilado, Bremauntz revisaba a diario y con gran parsimonia y paciencia los cientos de cajas del archivo no clasificado de Lázaro Cárdenas del ramo Presidentes. Compartíamos la misma mesa con el historiador norteamericano de origen mexicano, Ramón Eduardo Ruiz y pronto los tres trabamos amistad y el ambiente

se tornó muy agradable. Mezcla de político, académico y militante, la obra de Bremauntz abarcó muchos temas de materia jurídica, educativa (*La educación socialista en México*, 1943), de historia de México y de Cuba y autobiográfica (*Setenta años de mi vida*). La semblanza, debida a Sergio García Avila, nos permite acercarnos a la interesante e inquieta vida de este jovial michoacano.

Los cronistas

En la sección dedicada a “los cronistas”, se incluyen ocho biografías de una muestra de aquéllos que registraron los aconteceres de las localidades y, en no pocas ocasiones, recopilaron documentos dispersos en archivos locales y estatales. Son los historiadores “hormiga” de los que nos habla don Luis González y González.

Los aportes extranjeros

La historia de Michoacán fue cultivada por diversos historiadores de otros países en el curso de la segunda mitad del siglo XX. Con rigor metodológico y amplia información documental, produjeron obras muy significativas en forma de libros y artículos en revistas especializadas. El libro contiene nueve semblanzas de historiadores de la talla de Christopher R. Boyer, Donald D. Brand, David A. Brading, Claude Morin, Helen P. Pollard y J. Benedict Warren.

La historia vista desde el centro

En esta sección se consignan 15 semblanzas de investigadores profesionales de diversas instituciones de la ciudad de México que hicieron importantes aportaciones a la historia de los periodos virreinal y decimonónico, y en menor medida en el siglo XX, así como trabajos en torno a diversos “michoacanos ilustres” e historia y formas de vida de los tarascos.

Podemos conocer así a 15 académicos, si bien en la introducción a esta sección se mencionan algunos otros; entre los considerados están Ernesto de la Torre Villar, Felipe Castro Gutiérrez, Ernesto Lemoine

Villicaña, Xavier Moysén, Carlos S. Paredes, Marta Terán y Silvio Zavala.

La historia de Michoacán vista desde sus instituciones

La sección más amplia es la dedicada a los historiadores de esta tierra, los que estuvieron y los que aún están en las instituciones de Michoacán.

Con 43 biografiados, es también la más concentrada en el tiempo puesto que la profesionalización se ubica sobre todo en las últimas tres décadas del siglo. Los coordinadores de la obra nos recuerdan que la primera licenciatura en esa materia se inició en 1961 en la Universidad Michoacana, en la Facultad de Altos Estudios "Melchor Ocampo", interrumpida por la represión de mediados de los sesenta y más tarde reabierta como Escuela de Historia (1973). Aquí se han formado más de mil quinientos historiadores. A fines de la década surgieron otras instituciones en el estado de Michoacán: el Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, el Centro Regional del INAH, el Centro de Estudios de la Cultura Nicolaita y El Colegio de Michoacán.

Son 43 semblanzas de investigadores de varias edades y especialidades, entre las que pueden mencionarse las de consagrados como Xavier Tavera Alfaro, Luis González y González, Carlos Herrejón, Heriberto Moreno García, José Corona Núñez, Jesús Romero Flores, Gerardo Sánchez Díaz..., y junto a ellos muchos jóvenes, algunos de los cuales vemos trabajando en Morelia, Zamora, Jiquilpan y muchos otros rincones de Michoacán y de México todo.

Para terminar sólo me cabe volver a resaltar la utilidad y valor de este libro, deseando que la Universidad Michoacana siga apoyando el crecimiento de más raíces que sostengan muchos y muy sólidos árboles. Felicitaciones para todos los autores y para los coordinadores.

Teresa Rojas Rabiela

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social